

Cultura a la contra**La belleza, la violencia y otros tópicos veraniegos**

Cuando los dioses caminaban sobre la faz de la Tierra —ahora se han convertido en abstracciones y han perdido mucho de su gracia—, se alimentaban, dicen, de belleza. Los dioses han chupado siempre de los humanos lo que han podido, y ahora tienen que conformarse con otras cosas, como incienso. Porque la belleza, como tal, ha desaparecido; no hay un modelo exclusivo, y creo que ya ni siquiera los más tonos de entre los tonos que se dedican a pensar piensan que se puede comparar la belleza con minúscula a una Belleza mayúscula e ideal, a un canon inmanente y eterno. Hace ya años que hemos descubierto que lo bello y lo feo —como lo bueno y lo malo— es cuestión de gustos, y que sobre gustos hay mucho escrito, y mucho contradictorio. Así que ya no hay alimento para los dioses, o quizás han muerto de hambre. O sólo quedan dioses individuales o tribales, chupadores del concepto de belleza que tenemos cada uno de nosotros, o el grupo al que pertenecemos. Por ejemplo, el Dios de los negros americanos y el espectro divinizado de Marcuse se alimentarán de Angela Davis y la dejarán chupada como un limón, y el Dios de los chicos de Fuerza Joven comérá rancias imágenes de atletas olímpicos filmados por Leni Riefenstahl, y así está El de bruto. Y mi Dios —ese que no tengo y que a veces identifico conmigo mismo— chupa un tipo de belleza que no tengo por qué explicar aquí —ya se lo cuento a mi psicoanalista particular, o a Elena Francis—, y luego se emborracha y me dicta disparates con olor a Metro y a suburbio, a frijanga y cerveza.

La belleza, en cualquier caso, es un tópico veraniego. Debe ser por la progresiva desnudez de los cuerpos atléticos, agudos, sudorosos, con los que nos cruzamos por las calles; o por la nitidez de la luz solar, que recorta los contornos de las cosas y hace de cualquier piscina un Mediterráneo. O, tal vez, sea el efecto intoxicante de la polución recaleñada, cuyos vapores aspiramos como Sibillas Délidas, para ver manifestaciones de la Diosa Belleza en cualquier escaparate reverberante. También es otro tópico veraniego la violencia; recordemos, si no, los motines neoyorquinos de hace algunos años: las bandadas de ciudadanos enloquecidos por el exceso de calor, que asaltan supermercados y grandes almacenes; multitudes hambrientas que comparten su hábitat —y, a veces, hasta su modo de vida— con las ratas y que, como ellas, se lanzan desesperados en busca de comida. Nevados por el espejismo libertario, por los oasis de utopía que el sol pinta al reflejarse en los brumosos charcos de gasolina de las calles.

Aquí, en esta España volante y embotada que nos ha tocado sufrir —las Españas pasadas eran peores, y las futuras lo serán también, súpongo— la violencia se manifiesta de otra manera, más incipiente y todavía más idiota también: estallan ridículas bombas en estaciones y aeropuertos, que matan de una forma azarosa a gentes elegidas por la casualidad; estallan bombas en barrios tranquilos donde no se pasa de nada, sino precisamente de violencia y de enfrentamientos. O nos salen señores vestidos de payaso —camisas azules, boinas rojas: moda parchís en tonos oscuros, con correajes a juego— y nos matan por no saber cantar una tonadilla "camp"; señores que alquilan palacetes, precisamente en el barrio donde más se pasa precisamente de ellos, para joder más y peor al personal. La violencia estalla, caótica y sin sentido. A veces se llama de izquierdas; otras, de derechas. Yo creo que es un fenómeno natural, casi meteorológico, que sufrimos o hacemos sufrir. Tal vez nuestros dioses estivales se alimenten de violencia, de incendios, de caos.

Otro tópico veraniego: la horchata, cada vez más cara; parece que hicieran las chulas de petróleo. O las piscinas municipales, caldos humanos para "cher" caníbal. O las chabolas malolientes donde se hacinan seres humanos, soportando la solana bajo techos de uralita. O la elema sed, la horrible sed que nos atenaza ante cualquier boca de riego abierta. O el "timmel" corrido por el sudor, en las botas locas. ■ EDUARDO HARO IBARS.

ban entre nosotros; lo que no es el caso del teatro independiente argentino, que combinaba sus preocupaciones políticas con formas de organización decididamente cercanas a las que luego tuvimos aquí. El hecho de que, pasados los años, hombres como Ferrigno intentaran mantener y desarrollar, dentro del profesionalismo más riguroso, muchos de los principios del teatro independiente, es el paso que ahora vivimos aquí.

El Teatro de los buenos ayres se fundó en 1967. Su primer título fue "La muerte de un viandante", de Arthur Miller. En el 78 —era ya la obra número once de las abordadas— montó "Historias para ser contadas", de Os-

tian los primeros tratamientos escénicos. Quizás se deba a la madurez de los actores. El hecho es que las "Historias" son ahora más contundentes, más directas, y que el juego imaginado por Dragún es siempre un lenguaje, un modo sencillo de contar algo que importa y nunca un "brillante ejercicio formal" de teatro popular. Acaso una primera historia agregada a las tres ya clásicas —la del hombre que se volvió perro, la de la peste bubónica y la del flemón— resulte algo inferior. Pero, en su conjunto, las "Historias para ser contadas" que acabamos de ver en Puerto Rico constituyen un excelente espectáculo, que ojalá podamos ver en España junto a otros títulos



Nueva versión de "Historias para ser contadas", de Dragún, por el Teatro de los buenos ayres.

valdo Dragún, que había sido años atrás uno de los grandes éxitos del Fray Mocho, que fue quien la estrenó. Si pensamos en la resonancia que el drama de Dragún alcanzó entre los grupos españoles, muchos de los cuales la representaron —tras su publicación en "Primer Acto"—, encontraremos otra muestra de la relación entre nuestro teatro independiente y el argentino. Ahora bien, ¿siguen en pie las "Historias"? ¿Se han visto afectadas por el paso del tiempo? Encajan en un teatro profesional de nuestros días? La respuesta a esas preguntas, a tenor de lo visto en San Juan, ha de ser positiva. El nuevo montaje de Ferrigno —que interviene también como actor— se esfuerza en subrayar el realismo de las historias, en categorizar su valor de crónica, despojándolas de ese tono circense y un tanto ingenuo a que la some-

que forman el repertorio del Teatro de los buenos ayres. Un buen teatro profesional que contiene, a su vez, todo el discurso del mejor teatro independiente. (Que siempre quiso ser, y en ocasiones lo fue, teatro profesional.) ■ JOSE MONLEON.

DISCOS

El rompecabezas de Ian Dury

¡Ah, las ventajas de tener una industria fonográfica gloriosamente despistada! Gracias a la ignorancia de algún ejecutivo que concibió la ingenua esperanza de duplicar en España las enormes ventas de Ian Dury en Inglaterra, hace unas cuantas